

STRONG

Facundo Sebastian Jimenez Haim

Image not found.

Capítulo 1

Primero comenzó como un suave e inofensivo sonido, incapaz de ensordecer a cualquiera, luego aumentó en masa su sonido. Ahora cae a cantaros desde el tejado. Salpica hacia el interior de la galería, justo en frente de la ventana de mi habitación. Mientras tanto, el viento la hace danzar como a una bandera flameante a su paso. De pronto, el cielo gris se ilumina de un segundo para otro, y varios crujidos se alzaron al unísono. El vidrio de la ventana se había empañado ya, por completo. Yo continúo esperando ver –milagrosamente entre el diluvio– Su esbelta figura, luciendo sus jeans ajustados y sus botas negras de texano.

Ojalá todo esto fuera un sueño, ¡una maldita pesadilla! De esas cuando vuelves a la realidad se esfuma con el aire. Una diminuta lágrima recorre lentamente mi mejilla derecha, como si esperara a que la del otro lado la alcanzara. Siento su cálida caricia descender.

Contengo el llanto. No quiero llamar su atención y traspasen la puerta. Mucho menos luego de enterarme de lo que estuvieron ocultándome durante tanto tiempo. No mientras tenga en mente el plan acordado.

Zack, ¿dónde estás? Me pregunto en silencio, rogando a que apareciera lo más pronto posible.

Lo habíamos acordado, y ambos prometimos no echarnos para atrás.

Mis muestras de ADN ya estaban extraídas y no hay nada ya que hacer.

Me paso las manos por los ojos, secando las lágrimas. No consigo hacerlo bien y uso mi vestido blanco para que la tela absorba el líquido. Al despegar mis ojos de la suavidad escucho el sonido de la puerta.

–Alana, necesitamos hablar –la voz de mi... madre se escucha del otro lado.

Me quedo observando por la ventana a la vez que respondo:

–Yo no quiero hablar contigo.

La puerta se abre lentamente y ella entra.

–Cariño... –hace una pausa –Cariño, perdón –siento sus pasos acelerados hacia mí, que permanezco en mi posición y de espaldas.

Su mano toca mi hombro. Sigo quieta, sin mediar palabra alguna.

–Perdón –vuelve a decir con voz dolorosa –No queríamos que lo supieras. No pensamos que ibas a pasar por ese proceso mientras vivieras con nosotros.

Intento respirar para calmarme, calmar mis lágrimas y omitir el llanto que está a punto de salir por mi garganta, ahora con más fuerza.

–Lo intentamos, todo para ocultarte, pero nunca pensamos que lo notarían –me explica–. Estamos arrepentidos.

–Tendrían que habérmelo dicho –mi voz sonaba fría y plana.

–Lo sé –la voz entrecortada de mi madre.

–Nadie puede ocultárselo a ellos, mamá. No son estúpidos.

–Lo sé –repite en voz baja.

–Deja de repetir eso ¡Lo sabías pero no me dijiste nada! –exclamé –. De todas maneras van a cazarme –me volteo para quedar enfrentada a ella–. Moriré y eso no pueden cambiarlo –me doy vuelta de nuevo para seguir mirando el exterior–. Puedes pedirme perdón muchas veces. Se acabó –dije en un hilo de voz.

–Lo siento- vuelve a decir, y se rompe en llanto esta vez–. Lo siento tanto. Lo siento tanto –me abraza, pero yo permanezco inmóvil llorando, al igual que ella.

–Quiero que te vayas –le ordeno–. Sal de mi cuarto.

Mi madre sale a paso lento, casi arrastrando los pies, derramando aún lágrimas. Al voltearme observo su figura encorvada por el dolor.

Pienso en el futuro; como lloraría cuando me muera de verdad.

Me toco el brazo y me quito la gasa. El pinchazo ya ni se nota.

Eso era el pinchazo que anunciaba mi muerte. Una marca difícil de esquivar en este mundo de hoy.

Me dejo caer en la cama, todavía derramando lágrimas de rabia.